

tal como hoy se practica, es por lo tanto un abuso lamentable, contra el cual reclaman á la par la fe y el buen sentido. Rebaja el nivel de las almas, y encorva al hombre hasta la tierra, alejándole de su eterno destino.

Los Angeles del monte de los Olivos decían á los Apóstoles y á los quinientos discípulos que acababan de ver al Señor ascendiendo corporalmente al cielo: “¿Por qué os quedáis así con los ojos fijos en el cielo?” A los hombres de nuestro tiempo se les debe decir todo lo contrario, pues se les debe preguntar: “¿Qué tenéis, pues, con estaros así mirando siempre la tierra, no pensando más que en la tierra? Mirad arriba: vivid donde está la verdadera vida.”

#### XXIV

Cuán absoluta, razonada y profundamente científica es la certeza de la fe.

Con la certeza de la fe pasa lo que con otra certeza cualquiera: es razonada, y por consiguiente razonable; es científica, que equivale á decir que está demostrada á los ojos de la razón; y es absoluta como toda verdad lo es. Vais efectivamente á verlo.

Todo el edificio de la fe cristiana y católica descansa en los hechos. “No es, decía el apóstol San Pedro á los primeros cristianos, no es por medio de sabias teorías como os hemos anunciado la venida de Nuestro Señor Jesucristo, sino con el título de testigos ocula-

res de sus grandezas (1).” Y San Juan proclamaba igualmente este carácter histórico de la predicación evangélica, cuando decía: “Lo que nosotros hemos oído, lo que con nuestros ojos hemos visto, lo de que por nosotros mismos hemos podido convencernos, lo que con nuestras manos hemos tocado respecto al Verbo de vida, es decir, á Jesucristo, esto es lo que atestiguamos y lo que os anunciamos (2).” Y como si esto no fuera todavía suficiente, repite el Apóstol: “Sí, lo que hemos visto, lo que hemos oído es lo que predicamos, á fin de que participéis de ello con nosotros.” Los Apóstoles, primeros predicadores de la fe, fueron testigos, meramente testigos.

El Cristianismo, pues, descansa en hechos, en los hechos de Cristo en el Evangelio, y secundariamente en los de los Apóstoles.

Además, nada hay tan sencillo y á la par tan racional, tan científico y tan absoluto como la certeza de un hecho: es la certeza histórica de que hace poco hablabamos. La certeza de los hechos apostólicos es de tal modo luminosa, y se hallan estos hechos rodeados de tales garantías de verdad, que en cuanto se pretende atacarlos hay ya necesidad inmediata de salirse de todas las reglas conocidas de la lógica, de la recta razón y del buen sentido. Los que los niegan se ven precisados á establecer reglas de crítica tan absurdas ó á re-

(1) Epist. II, I, 16.

(2) Epist. I, I, I.

fugiarse en suposiciones tan evidentemente imposibles, que el refutar sus impiedades corresponde más bien á la sátira que á la crítica formal.

Evidente prueba de ello son los ataques que la incredulidad contemporánea dirige á la veracidad de los hechos y de los milagros del Evangelio. Strauss, Salvador y Renan no son á la verdad unos ignorantes; saben mucho, y han trabajado largos años; han sudado sangre y agua para terminar sus libros; y esos libros ¿qué son? Una porción de alegatos sin pruebas, de insolentes negaciones y de increíbles puerilidades; en cada línea se descubre la mala fe acompañada constantemente de la blasfemia. Abundan en ellos las contradicciones, y no sólo abundan, sino que por añadidura se combaten victoriosamente unas con otras, como tan sabiamente lo han hecho observar el P. Lacordaire en tres conferencias, cuya lectura recomendamos al lector (1).

“Los hechos de Sócrates y de César, de los que nadie duda, dice Rousseau, no están tan probados como los de Jesucristo.” Absurdo sería querer dudar de los hechos de la vida de Sócrates y de la de César, por lo menos de sus hechos principales. Absurdo sería querer dudar de esos grandes hechos evangélicos de que fué testigo un pueblo entero, compuesto de enemigos más bien que de amigos; hechos cuyos testigos se han

1 También A. Nicolás ha dedicado á este asunto un capítulo de su precioso libro *La Divinidad de Jesucristo*.

hecho matar para demostrar á la tierra toda la verdad de su testimonio; hechos en los que descansa definitivamente nuestra fe razonada en la divinidad de Jesucristo. Es imposible que un hombre sensato que estudie de buena fe, ponga por ejemplo la resurrección de Lázaro, ó la multiplicación de los panes en el desierto, ó la curación del ciego de nacimiento, deje de quedar convencido de la realidad histórica de estos hechos.

Reto á cualquiera que sea, por poca conciencia que tenga, á que estudie, sin hallarse convencido, el grande hecho de la resurrección de Cristo y el hecho no menos divino de su ascensión visible al cielo en presencia de más de quinientos testigos. Podrá no quedar convertido su corazón, porque la conversión no es, como la simple convicción científica, un fenómeno puramente intelectual; pero quedará convencido, y ninguna objeción formal que hacer tendrá á la realidad material de los hechos.

Ni antes ni ahora han podido los enemigos del Cristianismo oponer cosa alguna plausible ni formal á la verdad de los hechos evangélicos, y por consiguiente á la verdad razonada de nuestra fe. Jamás han podido los dientes de las serpientes mellar el terrible acero de esta lima, mientras que la lima ha ido con regularidad gastando y rompiendo sus venenosos dientes. La última dentellada, la de Renan, ha experimentado la misma suerte que las otras, y ya los quebrados dientes de la serpiente se clavan en la tierra bajo nuestros pies. Este impío decía hablando del Señor: “Por de pronto,

está ya muerto y enterrado." Y ha sido él el infeliz quien se ha encontrado casi instantáneamente enterrado bajo el peso del ridículo, y humillado bajo el del desprecio de la verdadera ciencia.

Mas la verdad de la fe no descansa únicamente en la verdad ó certeza histórica; apóyase también en la certeza moral y en la certeza de la conciencia. Estas nos hacen sentir la divinidad y la santidad del Evangelio; éstas nos proporcionan la evidencia del corazón, mientras que aquella nos da la del espíritu; éstas nos hacen sentir lo que la otra nos hace conocer.

Decía hace poco que se puede estar convencido sin creer. Nada hay más cierto que esto. La fe es, en efecto, ante todo, una gracia de Dios. Pero cuando se es recto y sincero ante Dios, cuando se tiene el corazón puro y se es generoso partidario de la verdad, jamás rehusa Dios el don de gracia, y la ley sobrenatural de la fe viene á unirse á la convicción natural que el espíritu se ha formado por medio de un concienzudo estudio. Al trabajo del hombre viene á unirse el de Jesucristo; á la luz natural se une la sobrenatural; y la razón, iluminada por Dios, se ve coronada y deificada por la fe.

Es un error profundo y desgraciadamente harto generalizado, el creer que la fe y la ciencia no pueden avenirse. Nada más falso que esto; pues la fe es una luz sobrenatural que se hermana admirablemente con la ciencia natural. Es el telescopio que se aplica al ojo. La luz de la fe queda completamente distinta de la luz

de la ciencia, aunque esté con ella íntimamente unida; y el fruto de esta unión es el cristiano, el sabio cristiano.

Nada tan razonable como un sabio cristiano; nada tan razonado como su fe. Nada tan sublime como la teología, que es el trabajo de la razón apoyada en las luces divinas de la fe. Nada tan poderoso como la razón de un filósofo cristiano; nada tan lógico y tan patente como la ciencia de un verdadero teólogo.

Por otro lado, nada hay más lógico, nada más débil, nada menos respetable que la falsa ciencia que, abrigándose con el sagrado manto de la verdadera, va de contradicción en contradicción, de error en error, y es tan contraria á la ciencia como á la fe.

Observemos, antes de concluir, que siendo nuestra razón una é indivisible, como ya queda dicho, *debe* ella admitir, so pena de dejar de ser lo que es, las verdades exactas en que se apoya la certeza razonada de la fe, del mismo modo que debe admitir las verdades matemáticas ó las que se apoyan en el testimonio de los sentidos. Esto es evidente. Y así nuestra razón está tan convencida de las verdades de la fe como de otra verdad cualquiera. Es tan absolutamente cierto que Jesucristo es Dios, que el Papa es su Vicario, que la Eucaristía es su Cuerpo, que hay un infierno y un paraíso eterno, como es cierto que dos y dos son cuatro, que ha existido Luis XIV, que existe una ciudad llamada Roma, y otro sinnúmero de verdades por el estilo. La misma certeza absoluta es producida por la

misma evidencia, y es la misma razón la que, de buena ó de mala gana, adquiere esta evidencia y esta certeza.

Para resistirse á esta consecuencia lógica es menester conformarse con caer en el escepticismo absoluto, con dudar absolutamente de todo, con meterse la razón en el bolsillo, en fin, con volverse totalmente loco. A falta de esta locura, que es imposible, hay la mala fe, que es muy posible y muy frecuente; desvíanse los ojos de las desagradables verdades que no se quieren ver; se niegan, porque se temen; y se temen, porque se sabe que existen.

Así, pues, por ningún concepto es arbitraria ni supersticiosa la fe: es por el contrario plenamente razonada y soberanamente razonable; tiene el carácter lógico que debe presidir á todas las operaciones de la razón y de la verdadera ciencia, y es absoluta, porque es la *verdad*.

## XXV

Que la Iglesia no excluye la ciencia en el siglo XIX, como tampoco la excluyó antiguamente.

Los racionalistas modernos admiten con mucho gusto que antiguamente, hasta la época de Voltaire, hasta el 89, la Iglesia ilustró é hizo mucho bien á la humanidad. Se dignan confesar que el cristianismo la arrancó de la barbarie, civilizó las costumbres y preparó el camino á la moderna sociedad. La Iglesia produjo los

benedictinos, los doctores, los sabios de la edad media. San Agustín, San Bernardo, Alberto el grande y Santo Tomás de Aquino son á la verdad hombres grandes que han honrado á un mismo tiempo la Religión y la humanidad. Pero, añaden ellos, nosotros, los hombres del progreso moderno, nos hallamos muy por encima de ese pasado relativamente glorioso. Nos hemos apoderado de la corona de la ciencia que por tanto tiempo ha estado en poder de la Iglesia, y no la soltaremos. En lo sucesivo nosotros seremos y somos ya la luz, la ciencia, el progreso, la civilización, la libertad del espíritu. La Iglesia, buena para nuestros padres, no lo es ya para nosotros; ha pasado ya su tiempo: ¡que nos deje el campo libre á nosotros, los hijos del porvenir, los hombres del progreso indefinido!

Todo esto es bueno y bonito; pero es poesía revolucionaria y nada más. No es esta la cuestión: la cuestión toda entera está en estos tres puntos fundamentales: 1º ¿Hay un Dios, vivo y personal, Creador y providencia del mundo?—2º ¿Hizo milagros Jesucristo para probar que era Dios hecho hombre? ¿Resucitó? ¿Es Dios?—3º ¿Es la Iglesia católica la depositaria de la palabra de Dios y de Jesucristo? El Papa y sus obispos, sucesores de San Pedro y de los demás Apóstoles, ¿son los enviados por Jesucristo con el encargo de instruir á la humanidad, y de enseñarnos á todas las verdades que es preciso creer y los deberes que es preciso practicar para llegar con seguridad á nuestro eterno destino?

Ved ahí muy sencilla y muy positiva la cuestión. Nuestros charlatanes, con los pliegues y repliegues de sus retumbantes frases, hacen todo lo posible para sus- traerse á ella; pero nosotros, hombres lógicos y forma- les, no nos dejamos sorprender con frases bonitas, y exigimos que nos acompañen hasta el fondo de las co- sas. Si la Iglesia es de Dios, decidme: ¿Qué es esa amalgama de verdades incompletas, de hipótesis dudo- sas, de afirmaciones mal probadas, de descubrimientos incoherentes que con el pomposo nombre de ciencias modernas se levantan contra la Iglesia y le declaran la guerra? Si la Iglesia es de Dios, ¿cómo es posible que ella excluya á la ciencia, la verdadera ciencia, que tam- bién pertenece á Dios? La Iglesia es de Dios; luego, *à priori*, es imposible que la Iglesia excluya á la cien- cia.

La Iglesia en todos tiempos ha sido la madre, la protectora y conservadora de la ciencia, y lo es todavía hoy y lo será siempre. Ella guía los pasos de la cien- cia y la priva de extraviarse, lo cual ha hecho decir al célebre Bacon: "La Religión es el aroma que impide que la ciencia se corrompa." Efectivamente, la ciencia no tiene otra guía que la vacilante antorcha de una ra- zón falible; mientras que la Iglesia tiene en su mano la infalible luz del mismo Dios. *Yo soy la luz del mun- do*, dice el Rey de la Iglesia; *el que me sigue jamás cami- na entre tinieblas*.

Verdad es que de un siglo acá muchos hombres ig- norantes ó perversos han querido, como el hijo pródi-

go, llevarse la ciencia á guisa de bagaje, y hacerla aban- donar con ellos la mansión paterna; pero la ciencia, hija de Dios, no se ha dejado arrebatar por esos culpa- bles imprudentes. Los hijos pródigos que pretenden tenerla consigo y hacerla partícipe de sus criminales desórdenes, se engañan groseramente: han arrebatado á una mala sirvienta, traidoramente engalanada con los regios ropajes de la hija de la casa; y no es la cien- cia su señora, como el error tampoco es la verdad. Los sabios incrédulos, llevando en el pecado la penitencia, son víctimas de su misma ciencia que les ciega, les embriaga, les envenena, les corrompe y les mata.

Más ¿por qué, pues, son tantos los que se figuran que la Iglesia es la enemiga de la ciencia? Por mu- chas razones muy fáciles de comprender.

Primeramente, porque la gente del mundo confun- de fácilmente la ciencia con las apariencias de la cien- cia. Como que la Iglesia rechaza soberanamente la fal- sa ciencia, cuyo peligro hemos señalado hace poco; co- mo que ella condena enérgicamente esa mal llamada ciencia, fuente de mil errores, los espíritus superficia- les ponen el grito en el cielo, nos acusan de obscuran- tistas y declaran rotundamente que somos nosotros ene- migos de la ciencia. Y sin embargo, por la centésima vez lo repetimos: nosotros somos enemigos de la falsa ciencia, no de la verdadera.

En segundo lugar, confúndese á menudo la ciencia con los sabios, siendo así que no es una misma cosa. Ahí tenéis un sabio, un gran sabio; pero ese sabio es

un impío, un hereje, un revolucionario, un hombre que se sirve de su saber para atacar á la Religión: ¿no tenemos el derecho de tratarle como á un enemigo? Y por eso rechazamos la ciencia?

En tercer lugar, lo que á veces hace que parezca que no amamos la ciencia, son los legítimos temores que manifestamos en vista de los multiplicados abusos que de ella se hacen. Atendida la perversidad humana, son muchos los bellos descubrimientos inútiles en sí y que más aprovechan para el mal que para el bien, como entre ellos pueden citarse la imprenta y el vapor. Indudablemente no tienen la culpa esos descubrimientos, ni la tienen los sabios que los hicieron, ni mucho menos la ciencia que es su origen; y sin embargo, por su resultado final, que es generalmente malo bajo el punto de vista de las almas, la Iglesia contempla con cierto disgusto esas conquistas de la industria, á las cuales por otra parte se guarda muy bien de negar una justa admiración.

Por fin, conviene no echar en olvido las calumnias gratuitas é incesantes de los herejes y de los impíos, que desde hace dos ó tres siglos están tramando contra la Iglesia la temible conspiración de la mentira. "Mintamos, mintamos osadamente, decía Voltaire: siempre quedará algo." Se nos cree enemigos de la ciencia porque se ha dicho así, y se ha de repetir, y no cesa de repetirlo en todos los tonos la prensa impía. — Y ved ahí de dónde proviene la absurda suposición de que la Iglesia rechaza la ciencia.

Por lo demás, ahí están los hechos. ¿Acaso Bacon, Copérnico, Leibnitz, Newton, Pascal, Kepler y Descartes no creían en Dios y no adoraban á Jesucristo? Y sin embargo eran unos sabios, y unos sabios de primer orden.

Y en este mismo siglo ¿no cuenta la fe cristiana entre sus hijos mil nombres que la ciencia ha hecho ilustres? Cauchy, Ampère, los dos Champollion, Biot, Marcelo de Serres, Elías de Beaumont, Cuvier, Blainvillo, Le-Verrier, el Dr. Sepp, el célebre arqueólogo Rossi, Caumont y otros, y en las mismas filas del sacerdocio los cardenales Mai, Mezzofante y Pitra; el P. Patrizzi, el P. Jouvvert, el P. Secchi, el Rdo. Moigno y otros muchos ofrecen un testimonio de esta verdad, probando evidentemente que la Iglesia, lejos de excluir á la ciencia, la cultiva y la venera, hoy lo mismo que antes.

No excluye la Iglesia á la ciencia, como tampoco excluye la ciencia á la Iglesia: son la madre y la hija, la gracia y la naturaleza, la fe y la razón; Dios quiere que estén unidas, pero al mismo tiempo subordinadas. La Iglesia debe ir siempre delante, porque es del cielo y al cielo conduce, mientras que la ciencia es de la tierra; pero lo que Dios ha unido, nadie tiene el derecho de separarlo. Pretender que la Iglesia y la ciencia son dos enemigas, es blasfemar, es insultar á la ciencia tanto como á la Iglesia, es dar pruebas ó de ignorancia ó de mala fe.

La fe está delante de la ciencia, como está la luz de

Dios delante de la luz del hombre; ambas á dos son luces. La fe, lejos de temer á la ciencia, la llama y la venera; y por su parte la ciencia, la verdadera ciencia, lejos de temer á la fe, le rinde homenaje y se arrodilla con ella ante Nuestro Señor Jesucristo, á quien apellida la Escritura "el Dios de las ciencias."

Hay muchos y excelentes libros á los que puede acudir el lector que desee profundizar estas cuestiones tan importantes y de actualidad; pero lo que me atrevo á pedirle sobre todo encarecimiento, es que, si algunas dificultades se le ofrecen, vaya á exponerlas con toda franqueza y sencillez, como corresponde á un espíritu recto, á algún sacerdote, á algún religioso que sea hombre de saber y de piedad. Nada es tan fácil como llegar al conocimiento de la verdad cuando se va hacia él con buena fe.

No digo solamente un sacerdote, un buen sacerdote; digo un sacerdote que tenga saber y que esté versado en estas materias, pues nó todos lo están y no todos pueden estarlo, absorbidos como se hallan en su mayor parte por los trabajos de su ministerio apostólico. Unas cuantas conversaciones íntimas con uno de esos venerables sacerdotes son el medio más sencillo y más eficaz para desvanecer todas las dudas, para distinguir lo verdadero de lo falso, y para adquirir á un mismo tiempo el doble tesoro de la convicción del espíritu y la conversión del corazón.

Pido al Señor que se digne bendecir á todos los lectores de esta obrita y concederles la gracia de una fe

profunda. Suplícole que les haga evitar el escollo mortal de la falsa ciencia, el no menos peligroso de la ciencia orgullosa, y esta especie de culto de que hoy es el objeto de la ciencia humana.

Al fin y á la postre la adoración de la ciencia no es más que la adoración de la materia pérfidamente combinada con la de nuestro propio espíritu. Esta idolatría sutil es todavía más peligrosa que la antigua idolatría; es una de las manifestaciones más palpables de la decadencia de la fe y de la razón producida por el pretendido Renacimiento, por el protestantismo, por la francmasonería, por el cesarismo y por la revolución, en una palabra, por lo que se llama el *espíritu moderno*.

Dígnese el Señor, por medio de su santa gracia, preservarnos del contagio y hacernos crecer cada día más en la ciencia de la verdad, que es ante todo la ciencia de la fe.

**FIN.**

## ÍNDICE.

	Paginas.
Prólogo .....	3
Del abuso que en nuestros días se hace de la palabra ciencia .....	7
Lo que es la ciencia .....	9
Los descubrimientos de la ciencia en nada contradicen las verdades de la fe .....	13
<i>Primera objeción.</i> —Según el sistema de Laplace, no hay necesidad de un Dios creador para explicar la formación de la tierra. ....	15
<i>Segunda objeción.</i> —A los ojos de la ciencia moderna está probado que la Biblia se equivocó cuando nos dice que la creación es obra de seis días .....	21
<i>Tercera objeción.</i> —Antiguos monumentos descubiertos en Egipto y en el Oriente, echan completamente por tierra la cronología de la Biblia, señalando al mundo habitado una antigüedad infinitamente mayor .....	25

	<u>Páginas.</u>
<i>Cuarta objeción.</i> —El fenómeno de la generación espontánea, probado por la ciencia moderna, explica perfectamente la existencia del hombre sin necesidad de recurrir al Creador.....	29
<i>Quinta objeción.</i> —El hombre no es más que un mono perfeccionado .....	32
<i>Sexta objeción.</i> —La fisiología ha descubierto que el pensamiento no es más que una secreción del cerebro .....	36
<i>Séptima objeción.</i> —Para la ciencia moderna no hay vicios ni virtudes, sino simples protuberancias y temperamentos .....	40
<i>Octava objeción.</i> —El diluvio, por más que diga el Génesis, no fué universal.....	46
<i>Novena objeción.</i> —El sol no gira al rededor de la tierra, y este hecho destruye por su base el milagro de Josué y todo el sistema cristiano.....	48
<i>Décima objeción.</i> —El hecho muy probable de la pluralidad de los mundos habitados se concilia muy poco con el misterio de la Encarnación..	53
<i>Undécima objeción.</i> —La ciencia no encuentra en parte alguna el sitio del cielo, del infierno y del purgatorio .....	58
<i>Duodécima objeción.</i> —El Cristianismo no es más que una derivación y un perfeccionamiento de las antiguas religiones semíticas.....	63
<i>Décimatercia objeción.</i> —Según los cálculos de la ciencia, el mundo tiene que acabar por medio del frío, en setenta ó setenta y dos mil años..	68
<i>Décimacuarta objeción.</i> —La ciencia moderna no admite el milagro: el milagro es física y científicamente imposible .....	72
De la pretensión que la ciencia moderna tiene, de no admitir sino lo que comprende.....	78

	<u>Páginas.</u>
Que no basta el conocimiento de las causas secundarias para constituir un verdadero sabio... ..	83
Que en materia de religión sucede muy á menudo que los sabios son prodigios de ignorancia ...	86
Por qué las ciencias exactas falsean á menudo el criterio y alejan de la fe.....	90
Del abuso que en nuestros días se hace de los estudios científicos, matemáticos y demás .....	97
Del otro abuso de la educación científica moderna, que consiste en el estudio excesivo.....	104
Cuán absoluta, razonada y profundamente científica es la certeza de la fe.....	108
Que la Iglesia no excluye la ciencia en el siglo XIX, como tampoco la excluyó antiguamente.	114

## EL MODERNO OLLENDORFF INGLÉS

INTUITIVO.

---

Método más bien práctico que teórico, para aprender con perfección la lengua inglesa, por medio de una combinación enteramente desconocida y formada de los célebres sistemas del Dr. Ollendorff y del intuitivo de los Dres. J. E. y M. Lehman, adoptado este último para los establecimientos de Alsacia, por E. Rode.

Esta obra está dividida en tres partes, que contienen: Un tratado completo de pronunciación. Una gran serie de lecciones, desde las más fáciles hasta las más difíciles, y tan cortas que en la misma cátedra podrán aprenderlas, no solo niños y niñas, sino aun personas adultas, cuyas ocupaciones diurnas no les permitan dedicarse á estudio alguno. Dicho curso está arreglado á un año escolar y se ha señalado á cada día su lección correspondiente. De diez en diez lecciones se encontrarán ejercicios sumamente prácticos escritos en inglés en forma de cuestionarios, cuyas preguntas deberán contestar también en inglés los discípulos intuitivamente, así como á las de los gramaticales que contienen un resumen de las notas expuestas en las diez lecciones y se hayan en la parte baja de las páginas. Estos cuestionarios son de muy útil uso en los exámenes, y sirven, además, de poderoso estímulo á los discípulos. Y por último, un tratado bien combinado de lectura y traducción.

Edición de 1890, última publicada.

Un grueso tomo de 250 páginas en cuarto con clave por separado, rústica

2 PESOS EJEMPLAR.

## LA SUJECION DE LAS MUJERES

POR

STUART MILL

---

El autor, conocido y estimado en todo el mundo por sus obras filosóficas y por sus ideas acerca de la educación de la mujer, conforme á los adelantos intelectuales modernos, se propone en este libro explicar con la mayor claridad posible, las razones en que reposa su opinión sobre las relaciones sociales de ambos sexos, que subordinan un sexo al otro y forman hoy uno de los principales obstáculos que se oponen al progreso de la humanidad, é indica la manera como deben ser substituidos por una igualdad perfecta, sin privilegio ni poder para un sexo y sin incapacidad para el otro.

Traducido del inglés por un mexicano.

Obra que no debe faltar en ningún hogar y muy propia para obsequiar á una dama.

Un tomo de 212 páginas, rústica

62 CENTAVOS.

## EL INTERPRETE EN EL BOLSILLO.

LIBRO INDISPENSABLE  
PARA EXPRESARSE EN INGLÉS SIN NECESIDAD  
DE ESTUDIARLO.

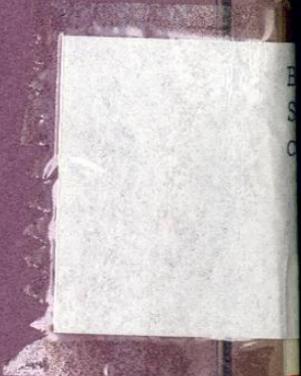
---

Esta obra, en la que no existen reglas gramaticales, sino solo prácticas, mucha práctica, contiene cuanto es necesario saber para todas las circunstancias de la vida, como lo indica la siguiente tabla:

Para saludar.—Diversos parentescos.—Días de la semana.—Meses del año.—Efectos de escritorio y colores.—Números.—Medidas.—Monedas.—Tiempo.—Para viajar.—Para ir en coche á la ciudad.—Para ir al hotel.—Para visitar una ciudad y sus alrededores.—En un jardín.—En un cajón de ropa.—En una ferreteria, perfumería, cristalería, sastrería, etc., etc.

Las páginas de la izquierda tienen las frases en español y las de la derecha en inglés, con la pronunciación figurada de dicho idioma que facilita mucho el aprendizaje. Como las páginas que tienen las frases en español tienen también su pronunciación figurada en inglés, es igualmente útil á los americanos que quieran aprender el español.

Un tomo rústica, edición de 1891, 50 cents.



000